



EDITORIAL

Nada hay más viejo que lo nuevo, y a veces —por contrapartida— nada más nuevo que lo viejo. «¿Acaso tengo yo cara de leer algo con menos de mil años de antigüedad?», respondía Gadamer a quien le preguntaba por sus últimas y «definitivas» lecturas. La Neolengua de Orwell, el Nuevo Profidén, el Nuevo Orden Mundial, y los mil neísmos más del mundo, siempre dicen hablar más claro y lavar más blanco, pero tú ves que mientras tanto la vieja roña del cuello y de las mangas de la camisa de los generales sigue ahí. Aunque la modernidad se pirrie por «lo nuevo», «lo más», y «lo más nuevo», la verdad es que hay que pensarse dos veces esa ecuación «novedad=progreso». Intenten ustedes echar colonia nueva sobre la suciedad vieja, y díganme si el nuevo aroma les satisface tanto; blanqueen ustedes el sepulcro y no entierren a los cuerpos descompuestos, y ya me dirán cómo hiede.

Lo que hoy se percibe, eso sí, son nuevos hedores del viejo cadáver, es decir, nuevas manifestaciones de la vieja putrefacción. Algo hay que hacer en esta situación, tratar de dar quizá digna sepultura y comenzar una vida nueva asentada sobre otro orden, aunque no sea tan nuevo, con tal de que sea mejor. Cierto es que la abuelita tiene sus deliciosas recetas, pero la nieta heredera del patrimonio culinario debe experimentar sobre la base de la tradición por propia cuenta las suyas (con tal de no hacer travesuras culinarias ultrarrevolucionarias: con las cosas de comer no se juega), así que hagamos nuestros propios caldos.

Si usted fuera presidente, ¿qué guiso prepararía para todos sus comensales? Y si fuera usted el presidente de toda la humanidad, ¿qué le daría de comer? ¿Menú exquisito para unos, hambre para otros? Entonces tendría a las tres cuartas partes



descontentas, como ahora. ¿Rancho para todos? Pero ni en Auschwitz ni en Treblinka lo quisieron. ¿Menú a la carta, buffet libre? Se arriesgaría a que los más comilones dejaran vacía la despensa cuando llegaran los más retrasados. ¿Dejaría usted de cocinar ante la imposibilidad de dar de comer a todos? Evidentemente no, pues entonces sería peor el remedio que la enfermedad, y se armaría la marimorena: algo tendría usted que hacer.

Dirá usted que fuera líos, que prefiere la condición de invitado a la de anfitrión, porque es más cómodo sentarse a este lado de la mesa y que le den servido el condumio como a cualquier hijo de vecino; de ese modo tendría usted una carta para elegir, y un libro de reclamaciones para protestar en caso de desagrado. Usar el libro de reclamaciones, costumbre tan poco hispánica como sí europea, no está mal, pero prestar con agrado el libro propio de nuestro servicio para que los demás ejerzan sus reclamaciones sobre él, esō es harina de otro costal.

Claro que si no quiere usted salir de casa y ahorrarse el mal trago del restaurante problemático puede optar por cocinarse su propio guisote, lo que se llamaría cocina autárquica, aunque también eso tiene sus riesgos. Imagínese que invita a su hogar a un amigo, y que después de ingerir el potaje por usted amorosamente preparado le denuncia por haberle producido una diarrea de calibre medio, pongamos por caso, denuncias que al parecer en los Estados Unidos están a la orden del día. Si esto se complica, al final no tendría usted otro remedio que comer solo, y eso, la verdad, no resulta grato.

En fin, volvamos a la obligada seriedad de un Editorial, también muy difícil de guisar. Desde luego resulta siempre más fácil criticar que proponer, y esto lo decimos por propia experiencia. En efecto, los artículos que siguen hoy vienen del Occidente, lugar donde la crisis cabalga el ojo del ciclón, y están escritos por gentes que quieren salir del sistema en crisis, pero al fin y al cabo —como usted mismo, lector— pertenecen a alguno de sus subsistemas, por lo cual padecen como el barón de Münchhausen la dificultad de salir de la zanja tirándose de la propia coleta. Buena voluntad no les falta, conocimien-



tos los tienen, pero quizá en el fondo de su corazón alientan alguna duda más que razonable sobre el rigor de su propio proyecto a contrapelo, y sobre todo acerca de las posibilidades de que los demás lo entiendan, lo compartan, y se decidan a organizarse en común para ponerlo en marcha, al menos para manifestar su apoyo expresamente.

Y dado que es más escaso de lo que deseáramos el bagaje técnico propositivo de que somos capaces (aunque sea mucho lo que quisiéramos cambiar), y más delgado de cuanto nos gustaría el alcance de nuestro eco, esta redacción necesita a voz en grito que ustedes tiren de ella, que echen una mano a los que voceamos desde la zanja sobre la decrepitud del nuevo orden (viejo desorden establecido, decía Mounier), y a tal efecto lo ideal sería, como siempre afirmamos, que uniésemos nuestras voces y nuestras fuerzas.

El conflicto es de tales proporciones económicas, políticas, ecológicas, teológicas, axiológicas, y antropológicas en definitiva, y sus hilos forman un ovillo tan enmarañado, que el desenredador que los desenredare buen desenredador será. Por eso, si nuestro análisis sirve para desatar modestamente algún cabo, sin desertar de la vocación moral mundial para un nuevo orden moral, algo habremos añadido al caudal de esfuerzos de todos los hombres de buena voluntad que hoy se afanan al respecto. Hagamos, pues, lo que podamos, mejor hoy que mañana.

Acontecimiento
